

# El Castillo de Mor

de José Llampayas

Reproducimos en estas páginas unos fragmentos del Tríptico del Prefacio de la última novela, inédita aún, del ilustre escritor, en póstumo homenaje. Corresponden a un pasaje descriptivo del pueblo y castillo de Geberniles.

El castillo se compone de un torreón cuadrado, bastante entero, y de una excrecencia rústica, una casuca edificada sobre las ruinas y con los escombros, según denuncian sillares y dovelas. El bloque peñascoso en que asienta lo aísla de todo menos del pueblo, que pugna por subir y al que tiende el único acceso de una arista rota.

Las casas de Geberniles, setenta u ochenta, cetrinas y bizcas, hurafñas, el ojo suspicaz, derribado el alero, la portalada al patio, saledizos balcones de madera, pequeños unos, con tejadillo, corridos otros a dos vientos y techumbres negras, muy pinas, de supuestas pizarras, trepan en desorden por una ilusión de calles hasta salir, en lo alto, a una plazuela. Señorea en ésta un casal prócer, blasonada y con soportales bajo tres balcones anchos, de severa traza, y con barandas de labrado herraje. La iglesia queda a un lado, contigua al cementerio. Y las bordas, tantas como casas, asoman o se ocultan por el contorno.

El pueblo tiene tres accesos. Por arriba el camino de *la Paquera*, que franquea la escarpa del castillo y sale al monte. Y por abajo los de *la Fuente* y del *Tras-tiello*, aunque éste, corto, empe-

drado y en cuesta, viene a ser un alcorce urbano del de *la Fuente*, que serpentea por el barranco y sigue a las aguas que van al mar mientras el se dirige al mundo.

Honda paz reina de ordinario en Geberniles. Es pueblo de pastores. Ellos y ellas salen con el alba y regresan cuando anochece. El ganado lo dejan en las bordas.

Al romper el día voltea el esquiln, chirrían y baten las puertas, obstruyen la calle mulos y pollinos, y por entre los hombres de zurrón y varas en el sobaco van y vienen unas mozas haldudas que gritan, se llaman, se responden... Todo es trajín. Luego, a la media hora, todo quietud.

Acabada la misa, unas mujeres de toca negra desfilan por el herbal del cementerio. Cada una busca su cruz, humilla la cabeza y queda inmóvil. Y, hecha le plegaría, se dispersan.

Más tarde, alto el sol, se las halla sentadas en algún pedriño, o en sillas bajas, ya sin capucha, el pañuelo tenso por la frente, la rueca entre las manos y, en el suelo, al alcance, un jarro de vino que llenan a escote y merman por turno. Hilan, cotorrean, beben y suspiran. Un abuelo que no ve, un inválido de calzón que se encorva sobre dos bastones, las

escucha absorto, con los ojos muy abiertos. Cuéntanse cosas mezuquinas, con frecuencia torpes, en un paraje grandioso y en horas espléndidas.

Pero a las doce Geberniles conmuévase. Estalla un griterío. La maestra ha volcado la escuela y los párvulos se derraman, corren, alborotan, brincan, riñen, caen, ruedan... Antes, al comienzo de esta historia, los *mocés*, de calzón y faja, eran como pastores chiquitos, y las *mocetas*, prietas del talle y la falda redonda como campanas vestidas.

Al atardecer vuelven a dar la nota alegre, aunque en otro tono. Juegan en las eras, bajan al barranco, asaltan las huertas, merodean por grupos. Su algarrabía adquiere en la paz densa y sin ecos una resonancia extraña. Pasea la maestra con dos alumnas. Charlan, se alejan... Las palabras llegan nítidas, recortadas. Voltea rápido el esquilón. Llama a rosario por segunda vez. Las mujeres aceleran el paso calleja arriba. Es la gran hora. Humean las techumbres. Un halo azulgris envuelve todo y destaca la palidez de las casas. Oyese lejano, con aislados gritos, el incesante cencerreo monótono de los rebaños. Una tras otra apáganse las cumbres. Geberniles cae en sombra y, en lo alto, por encima del castillo, el Peñón, cabeza del valle y señor de cuanto la vista abarca, arde el postrero.